



JEFFREY G. WILLIAMSON: Did **British Capitalism breed Inequality?**. Allen-Unwin, Londres, 1985.

El recién publicado libro de Williamson se inscribe en el amplio debate, de carácter a la vez político y académico, abierto en Inglaterra en torno al nivel de vida de los trabajadores durante la revolución industrial. Iniciado en cierto sentido por Engels (*The condition of the Working Class in England*) y Marshall (1910), sus momentos más intensos coinciden con las polémicas desencadenadas entre Clapham (1926) y Hammond (1930) primero y Hobsbawm (1957, 1964) y Hartwell (1959) después. En ambos ca-

sos, se opusieron de forma tajante los puntos de vista optimista y pesimista sobre el tema, puntos de vista influidos en los años 50 por los problemas del Tercer Mundo. El útil resumen de Taylor (1975) supuso un primer estado de la cuestión pero, a la vez, reveló la existencia de numerosos puntos oscuros. De ahí que, al retornar el debate recientemente, se haya exigido una cuantificación más rigurosa, aunque algunos historiadores hayan aprovechado la ocasión para introducir nuevos enfoques procedentes de la teoría económica neoclásica, como sucede con Engerman y O'Brien (1981)<sup>(1)</sup>.

El libro que vamos a reseñar debe situarse en este contexto de renovación. Su autor ha investigado cerca de veinte años en los Estados Unidos sobre los problemas relativos a la desigualdad generada por el capitalismo industrial y ha publicado desde 1974 tres libros<sup>(2)</sup> y dieciocho artículos sobre estas cuestiones. En este nuevo trabajo se aplica a Inglaterra el modelo construido para dar cuenta del caso americano, modelo apoyado en la noción de equilibrio general. En realidad, Williamson llevaba cierto tiempo trabajando en este último país en un ambicioso programa de investigación intitulado "British Inequality since 1760", financiado por diversas instituciones inglesas, cuyos primeros resultados se publicaron en las páginas de la *Economic History Review*<sup>(3)</sup>. Como otros historiadores americanos de la economía<sup>(4)</sup> es un defensor convencido de la utilidad de la indicada teoría para analizar problemas históricos complejos y no sólo políticas alternativas o fenómenos de interdependencia de variables sencillas. De hecho, el modelo verificado para estudiar la desigualdad social exige el uso de modelos multifactoriales.

Con esta base teórica, a la que luego volveremos, Williamson realiza un notable esfuerzo de cuantificación y de elaboración estadística, "apuntándose" desde la introducción en el bando de los optimistas. En su opinión, más que a un descenso general del nivel de vida de los trabajadores habría que referirse a una evolución contrastada, especificando periodos y tipos de trabajo, pero para avanzar por este camino es imprescindible "documentar la desigualdad", es decir, mejorar nuestra información y los útiles estadísticos empleados. Por ello, la primera parte del libro está dedicada a ofrecer nuevas evidencias sobre el *standard of living*: distribución de salarios por especialidades, evolución en función del nivel de cualificación, reparto social de la renta y sus transformaciones entre 1780 y 1914 etc. Debemos destacar sus críticas a las series de precios utilizadas por otros autores, tomadas de las cotizaciones oficiales y no del comercio al detalle, donde compraba la masa popular, así como la introducción de un abanico de elementos lo suficientemente amplio para dilucidar el problema planteado: los alquileres; la influencia de la movilidad y el desempleo, el deterioro de la vida urbana (que según nuestro autor debería ser matizada); la forma de trabajo en las "dark satanic mills" y la tasa de mortalidad.

Tras una importante concentración de datos sobre la mayoría

de los aspectos enumerados, Williamson llega a la conclusión de la existencia de tres fases sucesivas entre 1780 y 1914: una primera, caracterizada por la relativa nivelación de rentas y salarios, especialmente durante las guerras contra Francia; otra segunda, a partir de 1820, durante la cual las desigualdades se acentuaron, alcanzando su **zénith** hacia 1850-1860 y la última, desde dicha **década** hasta 1914, definida por la minoración progresiva de las diferencias más pronunciadas. De esta forma, la hipótesis estadística formulada por Kuznets (1955) y la correspondiente curva elaborada por él podría convertirse en un hecho establecido para el crecimiento industrial inglés. En lo referente al sentido de la evolución, el historiador americano vuelve a insistir en la necesidad de desagregar los distintos procesos, para mostrar las grandes divergencias existentes entre los salarios de los trabajadores cualificados y no cualificados, sobre todo en el periodo transcurrido desde Waterloo hasta las décadas centrales del XIX.

El verdadero desafío planteado tanto a los economistas como a los historiadores consiste en explicar esta evolución. Por ello, en la segunda parte del libro se propone la aplicación de la teoría del equilibrio general, que según Williamson podría ayudar a comprender no solo el problema de la desigualdad, sino también la experiencia británica globalmente considerada en todos sus aspectos: industria, comercio exterior, urbanización, crecimiento... teniendo en cuenta que el proceso evolutivo de todos ellos es rigurosamente inverso al del salario y la renta.

El modelo explicativo presentado considera a los factores de mercado como la clave de bóveda, con el mercado de trabajo desempeñando el papel central. En primer lugar, las fuerzas de la demanda aparecen como un elemento de desequilibrio, que tendieron a aumentar las desigualdades entre los distintos grupos de trabajadores en las primeras fases de la revolución industrial. La causa debe buscarse en la afluencia de mano de obra no cualificada (inmigración irlandesa, éxodo rural) que incrementó bruscamente la oferta de trabajo de este tipo, justo en el momento en que la industrialización tendía a ahorrarlo: de ahí el estancamiento de las retribuciones. A la vez, la simultánea escasez de obreros especializados dio lugar a que su oferta de trabajo fuese inelástica respecto al salario, lo que favoreció el brusco incremento de este último, acentuándose así la desigualdad inicialmente señalada. A la inversa, la oferta constituyó un factor de equilibrio, debido a que la revolución industrial eliminó progresivamente la escasez de bienes y servicios, favoreciendo la acumulación de factores de producción, lo que a largo plazo supuso un potente agente nivelador. Como al mismo tiempo comenzó a decrecer el abandono del campo por los jornaleros, la distribución de ingresos también tendió a igualarse entre los nuevos trabajadores urbanos, pero a un nivel más alto que en el punto de partida.

Con estos planteamientos, Williamson se pregunta cual fue el fallo de Gran Bretaña en lo relativo al déficit de especialistas, que en su opinión habla que atribuir a las restricciones sociales y re-

gionales a la movilidad, el carácter tardío de las reformas sociales y la escasa atención estatal hacia la enseñanza de las clases populares. ¿Se podría, pues, deducir que no se invirtió suficientemente en capital humano? Una vez más, nuestro autor se muestra optimista, ya que según sus cálculos la elasticidad de la oferta de trabajo especializado fue aún más baja en los Estados Unidos. Naturalmente, ello no demostrarla que en Inglaterra fuera alta, sino que este tipo de situaciones fueron generales en los países occidentales en las primeras fases de la industrialización.

Finalmente, la tercera parte está dedicada a la realización de un balance de lo expuesto. Ello se verifica intentando documentar y teorizar la hipótesis de Kuznets por medio de la construcción de un macromodelo de la industrialización británica y de la desigualdad generada por ella. El modelo, multifactorial, resulta poco convincente, por lo que esta parte es la más discutible del trabajo. Por el contrario, los dos capítulos consagrados al estudio de las guerras con Francia y sus repercusiones económicas constituyen una verdadera aportación: pocas veces se ha presentado de manera tan incisiva las relaciones entre guerra y economía, mostrando por medio del análisis contrafactual como aquella ralentizó el crecimiento al rebajar la tasa de industrialización, posponiendo la ola de desigualdad generada por esta última hasta 1820.

La postura de Williamson, pues, parece bastante moderada en el contexto del viejo debate sobre el **Standard of living**. Partiendo de la base de que el capitalismo inglés generó desigualdades que parecen ser producto, como en todas partes, de fuerzas asociadas a la revolución industrial, propone un modelo explicativo del fenómeno desarrollando la hipótesis de Kuznets. El esfuerzo interpretativo está dotado de gran solidez debido a la aportación de nuevos materiales estadísticos y a su elaboración refinada. En suma, es muy posible que este libro haya centrado la polémica sobre los costes y beneficios de la revolución industrial para un largo periodo.

M.<sup>a</sup> Teresa PEREZ PICAZO  
Universidad de Murcia

#### NOTAS

1. Stanley L. ENGERMAN-P.K. O'BRIEN: "Income Distribution during the industrial Revolution". En R.C. FLOUD-D.N. Mc CLOSKEY eds. *The Economic History of Britain since 1700*. Cambridge, 1981.
2. Jeffrey G. WILLIAMSON: *Late Nineteenth Century American Development. A General Equilibrium History*. Cambridge, 1974; *American Inequality: a macroeconomic History*. Nueva York, Academic Press, 1980.
3. John A. JAMES: "The use of General Equilibrium Analysis in Economic History". Explorations in Economic History, vol. 21. n.º 3, julio 1984, pp. 231-254.
4. Jeffrey G. WILLIAMSON: "English Worker's Living Standards during the Industrial Revolution: A new Look". *The Economic History Review*, vol. XXXVI; n.º 1, feb. 1983; pp. 1-25.